

Evolución de la demografía valliso- letana durante el siglo XVII

por Adriano Gutiérrez Alonso

I. INTRODUCCION

Hace unos años escribía Domínguez Ortiz: «La mayoría de los autores que propenden con razón a admitir la existencia de un bache demográfico en el siglo XVII no están de acuerdo ni en la cuantía ni en la forma en que se produjo» (1), defendiendo la necesidad de recurrir a los registros parroquiales como medio de solución. El panorama desde aquella ya lejana época ha variado substancialmente. La multiplicación de los estudios demográficos, de carácter local o regional, en nuestro país, siguiendo bien es cierto una corriente investigadora procedente de Francia fundamentalmente, centrados en la edad moderna y basados en la mayoría de los casos en fuentes susceptibles de ser utilizadas estadísticamente, ha permitido obtener valiosos resultados en relación a las dos dudas planteadas, así como mostrar las grandes diferencias regionales existentes.

En este contexto se inserta este breve trabajo. Valladolid ha sido, sin duda, un centro privilegiado en cuanto al estudio de su población durante la edad moderna se refiere. Las obras de B. Bennassar y M. Serrano así lo atestiguan (2); no obstante el siglo XVII permanecía inédito. Esta es, pues, la laguna que pretendemos cubrir. Ahora bien, un análisis detallado y científicamente expuesto de la población vallisoletana de la decimoséptima centuria rebasaría con mucho el estricto marco que impone este artículo (3). Por ello se hace también necesario limitar los objetivos. Básicamente intentaremos establecer las diferentes etapas en que se puede dividir la evolución demográfica de nuestra ciudad, precisar cómo se produjo el descenso de población y, en

(1) *La Sociedad española en el siglo XVII*. Madrid, 1963, tomo I, pág. 54.

(2) *Valladolid au siècle d'or. Une ville de Castille et sa campagne au XVI siècle*. Paris-La Haya, 1967 y «La población de la ciudad de Valladolid en el siglo XVIII» (en *Estudios geográficos*, 26) (1965), págs. 291-342.

(3) Lo que aquí aparece, no es sino un resumen de un trabajo de mayor amplitud, cuyo texto y aparato crítico han sido substancialmente reducidos, sobre todo en lo que respecta a las fuentes de carácter cuantitativo y a la representación gráfica.

la medida de lo posible, la magnitud del mismo. Las fuentes que utilizaremos son las clásicas en este tipo de investigaciones: censos de población y registros parroquiales. La inexistencia, por una parte, de vecindarios mínimamente fiables dará un mayor protagonismo a los libros parroquiales. Por otra parte, la no aplicación del método de «reconstrucción de familias», debido a que la ingente masa documental —cuenta la ciudad con 16 parroquias (4)— la hace materialmente imposible, explica en gran medida el predominio del análisis dinámico.

II. LA LARGA DURACION: EVOLUCION DE LOS FACTORES DEMOGRAFICOS

1. *Bautismos y natalidad*

La mejor fuente, y también la única, que poseemos para conocer el movimiento de la natalidad la constituyen los libros de bautismos. Las series conservadas en los archivos parroquiales de la ciudad no presentan especiales problemas. Admitiendo como insoluble la disociación entre bautismos y nacimientos, más acusada cuanto mayor sea el tiempo transcurrido entre ambos extremos (5), que nos impide conocer el conjunto de los nacidos, pocas son las incidencias que plantean y de escasa entidad para distorsionar la serie. Únicamente la desaparición de un libro en San Martín, que cubriría desde 1629 a 1650, período difícil de rellenar con números arbitrarios, nos impide contar con ella durante esos años. Siendo su evolución concordante en líneas generales con las demás parroquias, optamos por prescindir de ella a lo largo de todo el siglo, con el fin de homogeneizar los datos al máximo.

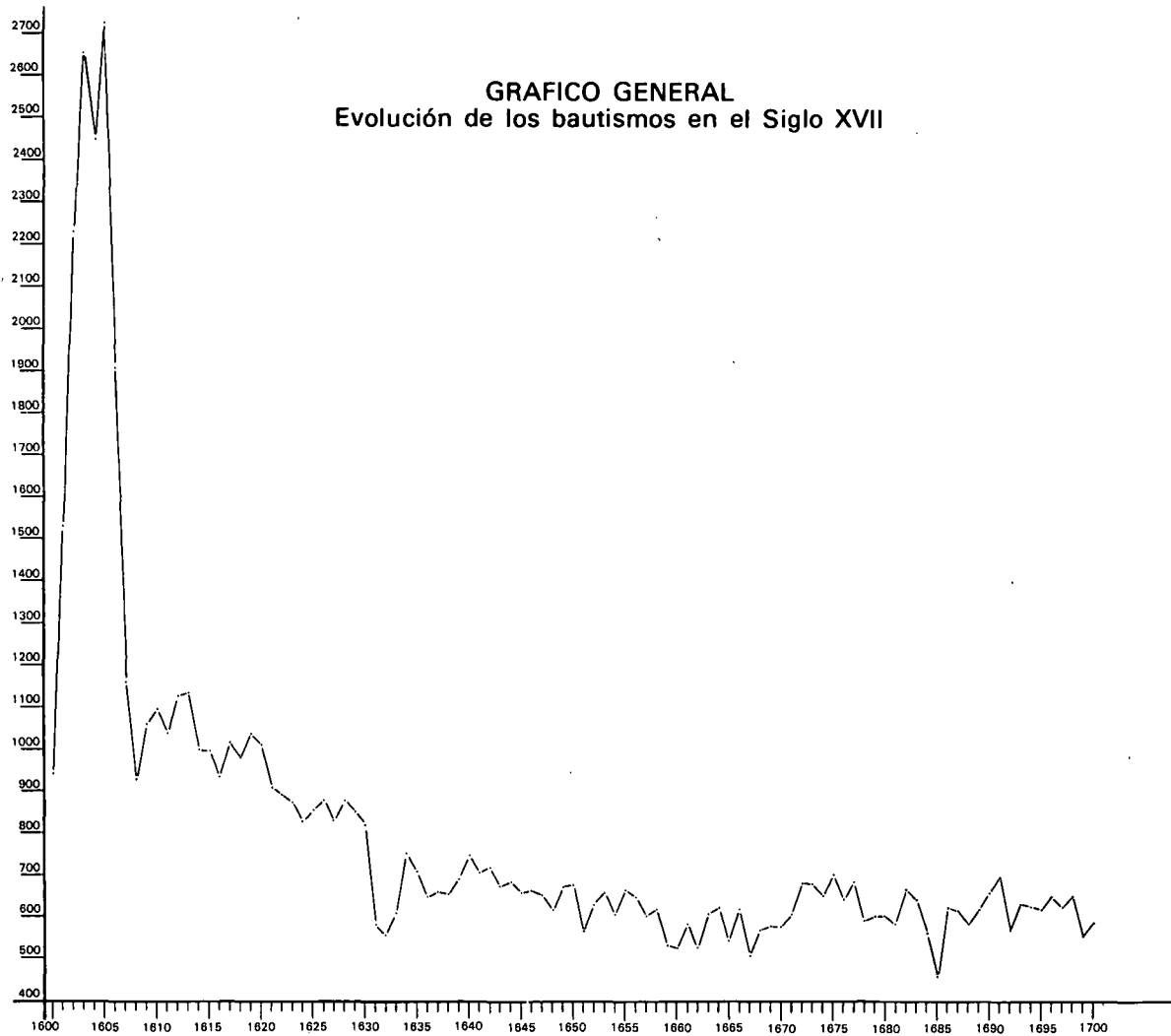
Las cifras de las 15 parroquias restantes quedan reflejadas en el cuadro 1^o y el gráfico general. Para una comprensión más adecuada de éstas es necesario tener en cuenta lo siguiente: el número total de bautismos hace referencia tanto a los legítimos como a los ilegítimos,

(4) Que ordenadas por el volumen de su población son las siguientes: Santiago, San Miguel, El Salvador, San Andrés, La Antigua, La Iglesia Mayor, San Nicolás, San Pedro, San Juan, San Ildefonso, San Martín, San Julián, San Lorenzo, La Magdalena, San Benito el Viejo, y San Esteban. Guardándose la documentación en cada parroquia, únicamente los registros de San Benito el Viejo, San Julián y San Esteban, por haber desaparecido como parroquias posteriormente, se encuentran en las que las englobaron: San Martín, San Miguel y El Salvador respectivamente.

(5) Estaba ordenado bautizar al término de 8 días (ver las *Constituciones Sinodales del Obispado de Valladolid* hechas por D. Juan Bautista de Acevedo, impresas en Valladolid en 1803). En la realidad el tiempo transcurrido es mayor. A través de San Ildefonso, Santiago y San Andrés, que señalan durante algunos años, sobre todo en la segunda mitad, la fecha de nacimiento, se puede afirmar que por término medio son dos semanas lo que tardan en ser bautizados los niños.

GRAFICO GENERAL

Evolución de los bautismos en el Siglo XVII



Fuente: Todas las parroquias, excepto San Martín.

representando estos últimos el 7,53% respecto al total por término medio durante todo el siglo (6); no se contabilizan por el contrario los bautismos de adultos, muy abundantes en el período cortesano —aunque sí los hijos de esclavos—, ni tampoco los expósitos, dada su posible procedencia foránea en una proporción indeterminada, que son registrados a partir de 1606 en San Lorenzo en libros especiales y controlados de una forma casi total por la Cofradía de San José (7).

Cuadro 1º. Natalidad quinquenal, 1601-1700

Años	Total Bautismos	Aumento Quinquenal	Promedio aumento anual	Porcentaje aumento anual
1601-05	11.599			
1606-10	6.159	—5.440	—1.088	—9,38
1611-15	5.299	— 860	— 172	—2,79
1616-20	4.982	— 317	— 63,4	—1,19
1621-25	4.358	— 624	— 124,8	—2,50
1626-30	4.271	— 87	— 17,4	—0,39
1631-35	3.213	—1.058	— 211,6	—4,95
1636-40	3.313	100	20	0,62
1641-45	3.454	141	28,2	0,85
1646-50	3.299	— 155	— 31	—0,89
1651-55	3.140	— 159	— 31,8	—0,96
1656-60	2.947	— 193	— 38,6	—1,22
1661-65	2.895	— 52	— 10,4	—0,35
1666-70	2.864	— 31	— 6,2	—0,21
1671-75	3.335	471	92,2	3,28
1676-80	3.133	— 202	— 40,4	—1,21
1681-85	2.926	— 207	— 41,4	—1,32
1686-90	3.108	182	36,4	1,24
1691-95	3.150	42	8,4	0,27
1696-1700	3.065	— 85	— 17	—0,53

Fuente: Todas las parroquias vallisoletanas, excepto San Martín.

La tendencia que muestran los datos es clara. Aislado el período de estancia de la corte, se observa un profundo e ininterrumpido descenso, con importantes cambios de ritmo, entre 1607 y 1631-35, que

(6) Sólo hemos contabilizado aquellos que específicamente son señalados como tales en las partidas, sin hacer distinción entre las diferentes expresiones, pues existe gran confusión. Los porcentajes más altos se sitúan entre 1631 y 1660, observándose una clara tendencia al descenso en los años finales del siglo. Es necesario también resaltar la mayor importancia de la ilegitimidad en el ambiente urbano.

(7) Hasta 1606 los expósitos son anotados fundamentalmente en la Iglesia Mayor y en San Lorenzo. Desde que los libros especiales inician el registro, los casos que aparecen en las parroquias son escasos, para conocer su importancia cuantitativa véase el trabajo de T. EGIDO. «Aportación al estudio de la demografía española: Los niños expósitos de Valladolid (siglos XVI-XVIII)» (*en Actas de la I jornada de metodología aplicada de las Ciencias Históricas*. Universidad de Santiago de Compostela). Vigo, 1975, págs. 333-345.

persiste, aunque ya de una manera más suave, hasta 1666-70, quinquenio que representa la media mínima de nacimientos anuales (572), y una estabilización del número de bautismos en torno a los 630 anuales, debido sobre todo al aumento de los años 70.

La residencia de la corte en Valladolid, aunque breve, repercute de una forma clara en la natalidad. El gran incremento del número de bautismos y su posterior derrumbamiento sólo encuentran explicación (aun teniendo en cuenta la incidencia que la recuperación de la crisis 1598-99 pudiera tener), en función de la inmigración que el factor político señalado atrajo a nuestra ciudad. El hecho merece atención, por cuanto nos permite hacernos una idea de la trascendencia que ya en el siglo XVII tenía una decisión política en el campo demográfico.

La presencia del fenómeno inmigratorio la constatan los registros parroquiales (8), pero éstos no permiten evaluar directamente su amplitud, al no indicar sistemáticamente el origen de los contrayentes; de los padres o de los difuntos enterrados entre 1601-6. La natalidad y nupcialidad pueden, aunque sea de una forma indirecta, ayudar a medir el hecho. Los gráficos señalan indefectiblemente el acrecentamiento de los bautismos, mayor del que la política de control de entradas seguida por la administración hacía suponer (9), pero pasar de esta imagen visual a otra cuantitativa plantea problemas. En principio nuestros datos sólo nos indican el porcentaje de descenso. ¿Fue este semejante al auge o fue mayor? La inflexión de la curva es evidente que es accidental, coyuntural, sin trascendencia en el desarrollo demográfico a largo plazo, luego, si confirmamos que el nivel de bautismos de los decenios, con el fin de eliminar la influencia de los puntos máximos y mínimos, anterior y posterior, es equivalente, no sería aventurado dar una respuesta afirmativa. Para comprobar este punto tenemos que basarnos en las parroquias que nos proporcionan datos de finales del siglo XVI (10).

El cuadro 2 muestra la concordancia existente entre ambos períodos y cómo con el establecimiento de la corte se duplicaron las cifras de bautismos (aumento del 214,8%). El más bajo porcentaje

(8) A través de la procedencia de los desposados se comprueba el auge adquirido durante 1601-6 de los inmigrantes de la región de Castilla la Nueva, los porcentajes son bastante más elevados que en los años siguientes. Igualmente la mención de gentes enterradas «que hacía poco habían venido de Madrid» es corriente. Véase a este respecto sobre todo el «libro de testamentos (1600-1611)» A(rchivo) P(arroquial) de San Pedro.

(9) Un breve y completo análisis, con base fundamentalmente en las actas municipales, en el libro de N. ALONSO CORTES. *La corte de Felipe III en Valladolid*, Valladolid, 1908.

(10) Un problema, no obstante, surge. Bennassar no señala los datos reales. Por ello la cifra del cuadro 2 que hace referencia a la media de bautismos entre 1591-1600 está tomada sobre el gráfico, las posibilidades de error son grandes, pero la diferencia entre los datos deducidos y los reales nunca será substancial. Los datos reales que poseemos de algunas parroquias reiteran la similitud existente entre el período anterior y posterior a la corte.

señalado por las parroquias utilizadas por B. Bennassar se explica por el mayor crecimiento proporcional de las feligresías localizadas en la periferia urbana (11).

Cuadro 2º. Significación del aumento cortesano

	Media de bautismos 1591-1600	Media 1607-16	Media 1601-6	Porcentaje aumento
Parroquias utiliza- das por B. Ben- nassar	727,5	728,6	1.441	198
Total 15 parroquias	—	1.048,2	2.251,6	214,8

Somos conscientes de las objeciones que a tal forma de actuar se pueden señalar. Es posible que la media decenal elegida no sea representativa de la natalidad «normal», que sea inferior, debido a que no tenemos en cuenta los efectos de las crisis —sobre todo la de 1598-99— o de la expulsión de los moriscos... etc. Pero los factores que tienden a rebajar las medias tomadas como base y, en consecuencia, a exagerar el auge, se ven contrarrestadas por la marcha de la Chancillería y la Inquisición y también porque el aumento apreciado entre 1601-6 está suavizado al tener presentes los años de entrada y salida de la corte. Así pues, aun aceptando una menor ganancia que la propuesta por las cifras (12), es interesante demostrar que el ser capital del país provocaba mayores cambios en la demografía que en épocas pasadas (13). Confirmándose así la afirmación de que el movimiento inmigratorio generado por la corte se acelera en los primeros decenios del siglo XVII (14).

A partir de la instalación definitiva de la corte en Madrid, la natalidad vallisoletana inicia su inexorable hundimiento. Las cifras son sumamente expresivas. En apenas 30 años el número de nacimientos se ve reducido casi a la mitad. La media anual se precipita desde los 1.232 de 1606-10 a los 642,6 de 1631-35, lo que supone una pérdida del

(11) Son las parroquias suburbanas, desde San Nicolás a San Ildefonso, formando una línea continua en la parte opuesta al río, las que aportan los porcentajes más altos, estando éstas representadas en menor proporción entre las que utiliza Bennassar. La Magdalena 391,37 %, San Andrés 316,25 %, San Juan 319,52 %..., etc. Por el contrario las localizadas en el centro urbano, que son a la vez las más pobladas, sufren un incremento menor. Santiago, El Salvador o San Miguel se mueven entre el 168 % y 193 %.

(12) Las prohibiciones madrileñas y las quejas del concejo vallisoletano hacen pensar que algunos vecinos de la ciudad siguieron a la corte. Ver respecto a este punto ante todo a A. DOMINGUEZ. *Op. cit.*, págs. 131 y ss.

(13) B. BENNASSAR. *Op. cit.*, págs. 122 y ss. y 184 y ss.

(14) A. DOMINGUEZ ORTIZ. *Op. cit.*, pág. 131.

46,84%. Son ante todo las diferentes crisis demográficas —epidémicas o de subsistencia— (sin olvidar, por supuesto, otros factores como por ejemplo la expulsión de los moriscos) las que van marcando el ritmo de decrecimiento. Analizando los datos año a año (ver gráfico general), vemos como cada momento crítico —1607, 1610-11, 1614-16, 1620— se traduce en una disminución de los bautismos por cuanto el «boom» postcrítico rara vez consigue igualar el nivel de partida. Constante descenso que hay que relacionar con el negativo crecimiento vegetativo de la población.

Pero es, sin duda, la crisis 1631-32, la más aguda de toda la centuria, la que influye más decisivamente en la evolución de la natalidad. Tanto a corto como a largo plazo es un hito clave. La ciudad experimenta una pérdida de 212 bautismos por año, lo que representa un descenso del 4,95% anual. Cifras que resaltan la gravedad de estos años, pero mayor significación tiene todavía la incapacidad manifestada por la población vallisoletana para recobrase de este duro golpe. El nivel de bautismos establecido no variará ya substancialmente a lo largo de todo el siglo, girando en torno a los 600 anuales.

No se alcanza, sin embargo, el fondo depresivo. Las débiles recuperaciones del decenio siguiente (único con signo positivo hasta 1671), muy mediatizadas por la inundación de 1636 y la crisis de 1637-38, son pronto anuladas. La reincidencia de factores adversos, entre los cuales hay que tener presente las «classes creuses» surgidas de 1631-32, rebajan todavía más el número de nacimientos, pero ya de una manera más suave: los porcentajes de descenso son inferiores al 1% anual, siendo los años 1659-60 los más incisivos. La hasta ahora constante caída se ve frenada por la clara reacción del quinquenio 1671-75 (aumento del 3,28% anual), motivada fundamentalmente por el despertar de las parroquias periféricas (15). Las crisis, sobre todo la de 1683-84, aun cuando no modifican sensiblemente el sentido de la evolución demográfica, asegurándose la recuperación en los años sucesivos, y, como veremos, la baja de la nupcialidad, impiden la continuidad del crecimiento. El resultado es un estancamiento de la natalidad (no hay cambio de tendencia) que perdurará hasta muy entrado el siglo XVIII (16).

En resumen, el descenso del número de bautismos en Valladolid,

(15) De nuevo el aumento obedece fundamentalmente a una serie de parroquias, destacando San Juan, San Lorenzo y Santiago. En menor medida San Ildefonso, San Andrés, San Pedro y San Nicolás; predominio pues, de las localizadas en la periferia. Por el contrario, El Salvador, la Iglesia Mayor, San Miguel, La Antigua... etc., muestran un ligerísimo auge, que en algún caso es nulo e incluso negativo.

(16) La media anual de bautismos se mantiene de una forma bastante estable en torno a los 640 anuales, ver M. SERRANO. Op. cit., págs. 294-95.

iniciado hacia 1590 no cesa (excepción hecha del sexenio 1601-6, explicable por el factor corte) en la caída hasta 80 años después, estancándose tras el auge de los años 70 hasta los años centrales del siglo XVIII. Evolución sensiblemente paralela a la seguida por Villacastín por ejemplo (17).

2. Nupcialidad

El control religioso del sacramento del matrimonio se traduce en dos clases de partidas: desposorios y velaciones, respondiendo a las dos ceremonias de que aquel se componía (18). Para efectos estadísticos únicamente hemos contabilizado las primeras, por ser las que permitían la cohabitación de los esposos. La existencia de lagunas más significativas, unido a la posterior aparición de este tipo de libros, dificultan ligeramente el conocimiento de la evolución secular de la nupcialidad. Por ello con el fin de operar con datos homogéneos nos vemos precisados a seccionar el análisis.

La nupcialidad marcha durante el primer tercio del siglo por la misma senda que la natalidad, corroborando la tendencia mostrada por ésta. La disminución del número de matrimonios, como se advierte en el cuadro 3, es semejante tanto en el ritmo como en los porcentajes a la de los nacimientos.

Cuadro 3º Nupcialidad quinquenal 1601-35

Años	Total matrimonios	Aumento quinquenal	Promedio aumento anual	Porcentaje aumento anual
1601-05	3.254			
1606-10	1.645	—1.600	—320	—9,83
1611-15	1.318	— 327	— 65,4	—3,95
1616-20	1.213	— 105	— 21	—1,59
1621-25	1.077	— 136	— 27,2	—2,24
1626-30	1.202	125	25	2,32
1631-35	978	— 224	— 44,8	—3,72

Fuente: Todas las parroquias de la ciudad, excepto Santiago, la Iglesia Mayor y San Martín.

(17) A. GARCIA SANZ, *Desarrollo y crisis del Antiguo Régimen en Castilla la Vieja. Economía y Sociedad en tierras de Segovia 1500-1814*. Madrid, 1977, págs. 56-60.

(18) Una descripción de ellas en T. PINHEIRO DA VEIGA, *La Fastiginia o fastos geniales*. Valladolid, 1973. Traducción y notas de N. ALONSO CORTES, pág. 302.

Cuadro 4^o. Nupcialidad quinquenal 1630-1700

Años	Total matrimonios	Aumento quinquenal	Promedio aumento anual	Porcentaje aumento anual
1631-35	1.360			
1636-40	1.267	— 93	—18,6	—1,36
1641-45	1.140	—127	—25,4	—2,00
1646-50	1.280	140	28	2,45
1651-55	1.275	— 5	— 1	—0,07
1656-60	1.215	— 60	—12	—0,94
1661-65	1.259	44	8,8	0,72
1666-70	1.230	— 29	— 5,8	—0,46
1671-75	1.269	39	7,8	0,63
1676-80	1.116	—153	—30,6	—2,41
1681-85	979	—137	—27,4	—2,45
1686-90	987	8	1,6	0,16
1691-95	931	— 56	—11,2	—1,13
1696-1700	944	13	2,6	0,27

Fuente: Todas las parroquias de la ciudad.

Dos precisiones pueden hacerse, no obstante. Una, la merma que la marcha de la corte trae consigo es algo mayor (descenso del 9,83% anual frente al 9,38%), siendo en la realidad más acusada por cuanto las cifras de 1601-2 están infravaloradas por comenzar algunas parroquias sus series en 1603 (19). Otra, el detrimento que sufre la nupcialidad entre 1607-35 es menor: La media de casamientos anuales desciende un 40,44%. Este hecho, como el signo positivo de 1625-30, aspecto que desarrollaremos al exponer el grave período 1626-32, y la línea más estable que siguen los matrimonios entre 1646-75, se justifica en parte por el papel restaurador, tantas veces señalado, de las segundas nupcias.

La concordancia existente entre ambas variables permite aventurar alguna hipótesis sobre el volumen y evolución de la población. La correlativa disminución del número de nacimientos y matrimonios puede deberse a razones estructurales, pero también a una pérdida real de población (20). Nos inclinamos a admitir que en el caso vallisoletano la recesión observada evidencia un descenso de su vecindario, que muy

(19) San Julián, San Lorenzo y San Pedro, a las que hay que unir San Miguel que les inicia en septiembre de 1602.

(20) F. LEBRUN, *Les hommes et la mort en anjou aux XVII et XVIII siècles. Essai de démographie et de psychologie historique*. Paris-La Haya, 1971, pág. 155 y P. DEYON, *Amiens capitale provinciale. Etude sur la société urbaine au XVII siècle*. Paris-La Haya, 1967, págs. 5-7. desarrollan el problema.

bien pudo ser proporcional al que natalidad y nupcialidad han señalado.

El casi total paralelismo visto se ve roto en los años siguientes. El cuadro 4 indica la evolución seguida por los casamientos a partir de 1635.

El predominio de los signos negativos ilustra el descenso, pudiéndose distinguir dos etapas: La primera, entre 1636-75, caracterizada por la estabilidad; las pérdidas del primer decenio se ven compensadas por el aumento de 1646-50, que fija la media de desposorios en torno a los 250, sin que las variaciones quinquenales sean substanciales. La segunda, entre 1676-1700, en que se agudiza la tendencia a la baja siendo concretamente los años 1676-85 (descensos del 2,41% y 2,45% anuales) los principales responsables de la misma. Comparando los cuadros 4 y 1, vemos cómo la nupcialidad no sigue el mismo rumbo que la natalidad. Mientras los nacimientos siguen disminuyendo hasta 1670, los matrimonios muestran una mayor resistencia, cuando aquéllos remontan el fondo depresivo, éstos no sólo no los acompañan sino que alcanzan las cifras más bajas de todo el siglo. La disociación de las dos series es particularmente clara entre 1686-1695 período en el que a la vez se aprecia un fuerte descenso de la mortalidad, incluida la infantil. ¿Cómo explicar estos hechos? La disminución del número de muertes permite afectar algunas hipótesis.

Cabe pensar que la esperanza de vida aumentase con lo cual se prolongaría el período fértil femenino, o bien simplemente que la cantidad de matrimonios rotos prematuramente por la desaparición de uno de sus miembros disminuyese, aumentando en consecuencia la duración media de las uniones conyugales, o bien que el descenso de «muertes infantiles» propuesto por los registros parroquiales fuese real. Hechos todos ellos que elevarían el número medio de hijos por familia, lo cual explicaría el aumento o estabilidad de la natalidad aun descendiendo la nupcialidad. Ahora bien las objeciones son grandes: en principio las segundas nupcias no pierden su importancia y sobre todo los tres supuestos implican el aceptar que se produjo una mejora económica, pues en el Antiguo Régimen el descenso de la mortalidad sólo es explicable por un período de expansión económica el cual en teoría debería también traducirse en un aumento de la nupcialidad. ¿Cómo explicar, pues, la contrapuesta reacción de las dos variables?

El acrecentamiento de una inmigración casada en su lugar de origen pero que desarrolla todo o parte de su período fértil en Valladolid puede también explicar el fenómeno sin necesariamente presuponer un auge económico. Los registros parroquiales no permiten

constatar la fiabilidad de esta hipótesis, que habría que conectar con la teoría de que la recuperación demográfica del siglo XVIII fue rural y no urbana (21); si ésta tuvo algún antecedente en el siglo XVII, puede ser la razón más convincente.

No cabe duda de que la relación matrimonios-nacimientos es un método muy imperfecto para medir la fecundidad, pero puede servir para efectuar comparaciones en el tiempo y en el espacio. Por término medio cada pareja vallisoletana trae al mundo 2,84 hijos, alcanzando la tasa bruta de fecundidad su cota más alta al final del siglo, sólo en los veinte años finales se superan los tres hijos por matrimonio. ¿Muestra la relación señalada la existencia de una baja fecundidad? Así parece deducirse al comparar nuestros resultados con otros estudios (22), a la vez que reafirman la opinión de que la fecundidad urbana era más baja que la rural (23), pues la proporción obtenida en Valladolid no está alejada de la hallada en la parroquia de San Pablo de Zaragoza (24). Sin embargo nada podemos concluir, por cuanto la existencia de una gran mortalidad antes de la celebración del bautismo o la importancia de los casamientos realizados en la ciudad, sin descendencia en ella (hecho que los registros hacen sospechar pero que resulta difícil de cifrar) (25), o el mayor desarrollo de las segundas nupcias (26) son factores que tienden a rebajar la media efectiva.

3. Mortalidad

El conocimiento de la mortalidad ciudadana es problemático. Los libros de difuntos son, entre los parroquiales, los que menos garantías de fiabilidad ofrecen. Las cifras que proporcionan están muy por

(21) FELIPE RUIZ MARTIN, «Demografía histórica», en *Once ensayos sobre la Historia*, Fundación Juan March, Madrid, 1976, págs. 139-141.

(22) P. GOUBERT propone una media de 5 por familia (*Cent mille provinciaux au XVII siècle. Beauvais et les beauvaisis de 1600 a 1730*, París, 1968, págs. 58-59). J. NADAL y E. GIRALT en la zona catalana descubren una proporción semejante (*La population catalane de 1553 à 1717. L'immigration française et les autres facteurs de son développement*, París, 1960, pág. 16).

(23) A. DOMINGUEZ ORTIZ. Op. cit. Tomo I, págs. 63-64.

(24) MARIA DEL C. ANSON, «Un estudio demográfico con ordenadores: La parroquia de San Pablo de Zaragoza» (en *Estudios del departamento de Historia Moderna* (1976)), páginas 238- 239.

(25) Un intento de «reconstrucción familiar» en San Andrés arrojó que aproximadamente el 50 % de los desposados en la parroquia no tenía descendencia en ella. Es posible que el porcentaje sea semejante al de Marsella que M. TERRISSE ha comprobado («recherche démographique en milieu urbain ancien» en *Annales de Demographie Historique* (1970)), págs. 256-257.

(26) En la segunda mitad del siglo las parroquias con menor porcentaje de dudosos señalan un 24,37 % para los viudos y 19,31 para las viudas, los cuales comparándolos con otros estudios son normales. J. NADAL y E. GIRALT, op. cit., pág. 14, o MARIA DEL C. ANSON, op. cit., págs. 204-6.

debajo de la realidad. Como tantas veces se ha indicado, el planteamiento con que surgieron los libros y su acentuado carácter económico hacen sospechar, aun en los casos que más seguridad ofrecen, un bajo registro sistemático. A veces los párrocos de nuestra ciudad dejan constancia del mismo. Así en San Ildefonso se lee: «Otras muchas personas han muerto en esta parroquia las cuales no están en este libro por ser pobres y no haber podido hacer testamento (27)». O, por señalar otro ejemplo, en San Pedro donde el cura anota en el libro correspondiente: «Las demas deste mes son criaturas» (28), comprobándose que no es una anomalía casual, pues el registro es semejante a otros meses.

Cifras, pues, infravaloradas, siendo los niños y los pobres los representados en menor proporción. El problema se agrava cuando se trata de utilizar los datos estadísticamente. Las lagunas, muy frecuentes, ocasionadas bien por el abandono temporal del registro o por la no conservación de dichos libros, y el hecho de que varias parroquias no asientan ninguna partida de muertes infantiles, o en número tan reducido que resulta inadmisiblemente, impiden trabajar con todas las parroquias y dificultan en muchos casos contar con datos uniformes que sean representativos. Pero es más, aun en el supuesto de que los inconvenientes señalados no existieran, no conoceríamos la totalidad de las muertes que se producen en la ciudad, ya que una serie de óbitos escapan al control parroquial. Ante todos los acaecidos en las instituciones hospitalarias (29) que, por otro lado, en el caso de sumarlos a los parroquiales, incrementarían desproporcionadamente las cifras, al ser imposible dilucidar cuáles correspondían a vecinos y cuáles a emigrantes que hubieran venido a curarse. En menor grado los enterrados en los conventos, de quienes, en algún caso, sí queda constancia (30).

Los obstáculos son, como podemos observar, grandes, y los resultados criticables, pero dado que son las muertes las que marcan el

(27) Libro de difuntos, nº 1, fol. 24. A. P. San Ildefonso.

(28) Libro de difuntos nº 1, fol. 31; A. P. de San Pedro.

(29) Existen libros de entradas de enfermos de los dos hospitales más significativos: Hospital general de la Resurrección y Hospital de Santa María de Esgueva. Para dar una idea de la mortalidad de estos centros, unas cifras a modo de ejemplo: En el General entre 1627-28 mueren anualmente en torno a las 153 personas, en 1648-49 sólo son 171 entre ambos años. En el de Esgueva la media entre 1650-57 se sitúa alrededor de las 60-62 personas anuales, de las cuales algunos son enterrados en La Antigua, como mandaban las ordenanzas. Ver J. TIEDRA, *El Hospital de Santa María de Esgueva de Valladolid*. Valladolid, 1937, pág. 17. Sólo a partir de 1650 los libros de difuntos de La Antigua reseñan los que son del hospital, su importancia numérica es escasa y, como veremos, operar con ella no supone una distorsión de los datos.

(30) Ante todo si ha dejado misas en alguna parroquia. J. ANTOLINEZ DE BURGOS opina que eran numerosos los que se enterraban en los conventos (*Historia de Valladolid*, edición de J. Ortega y Rubio. Valladolid, 1887, tomo II, págs. 260-65).

ritmo demográfico general, es de vital importancia intentar precisar el movimiento seguido por ellas. Para conseguir nuestro objetivo hemos optado por basarnos únicamente en las parroquias más resistentes a la crítica.

Ocho son las parroquias que permiten operar con datos homogéneos a partir de 1616, sus cifras están reflejadas en los cuadros 5 y 6. Todas ellas poseen series continuas o con breves lagunas que pueden ser completadas con datos arbitrarios (31) y anotan un porcentaje de «criaturas» aceptable, aunque inferior al real. En la primera mitad del siglo, las muertes infantiles representan respecto al total de difuntos entre el 30 y el 40% (media 33,46%) presentando las medias más elevadas San Nicolás y El Salvador con 41,49 y 41,43% respectivamente y las más bajas San Julián 20% y San Lorenzo 27,12%. Las ocho engloban aproximadamente el 50% de los nacimientos, resultado que a nuestro juicio las puede hacer representativas del movimiento general ciudadano.

Cuadro 5º. Mortalidad quinquenal 1616-60

Años	Total difuntos	Aumento quinquenal	Promedio aumento anual	Porcentaje aumento anual
1616-20	2.138			
1621-25	1.897	—241	— 48,2	—2,25
1626-30	2.468	671	134,2	7,07
1631-35	2.436	— 32	— 6,4	—0,25
1636-40	1.615	—821	—164,2	—6,74
1641-45	1.460	—155	— 31	—1,91
1646-50	1.663	203	40,6	2,78
1651-55	1.555	—108	— 21,6	—1,29
1656-60	1.670	115	23	1,47

Fuente: Parroquias de El Salvador, San Pedro, San Nicolás, San Lorenzo, San Julián, San Andrés, San Ildefonso y La Antigua.

(31) Los años 1624-26 de San Julián, 1642-43 de San Pedro y 1649-50 de El Salvador han sido rellenados con datos arbitrarios, teniendo en cuenta los anteriores y posteriores.

Cuadro 6º. Mortalidad quinquenal 1640-1700

Años	Total difuntos	Aumento quinquenal	Aumento aumento anual	Porcentaje aumento anual
1641-45	1.483			
1646-50	1.693	210	42	2,83
1651-55	1.538	-155	- 31	-1,83
1656-60	1.691	153	30,6	1,98
1661-65	1.268	-423	- 84,6	-5,00
1666-70	1.361	91	18,6	1,46
1671-75	1.113	-248	- 49,6	-3,64
1676-80	1.592	479	95,8	8,60
1681-85	1.392	-200	- 40	-2,51
1686-90	818	-574	-114,8	-8,24
1691-95	844	26	5,2	0,63
1696-1700	1.273	429	85,8	10,16

Fuente: Las mismas parroquias que en el cuadro anterior, excepto San Ildefonso que ha sido sustituida por San Juan.

Las cifras ponen de manifiesto el descenso de la mortalidad a lo largo del siglo, pero éste no es uniforme (las amplias fluctuaciones observables, tanto en el marco anual como en el quinquenal, constituyen una de las características esenciales de ambos cuadros) y a la vez mantiene un ritmo diferente al de las dos variables ya analizadas: el decrecimiento es suave entre 1616-1660, ralentiándose entre 1646-60, debido en parte a la influencia de los datos de la parroquia de La Antigua en clara discordancia con las demás parroquias, y se acentúa a partir de 1661, siendo en el decenio 1686-95 cuando los porcentajes de descenso son mayores.

La disminución de las cifras totales de muertos, sobre todo en la segunda mitad del siglo, está en conexión con una baja en el registro de mortalidad infantil. En efecto todas las parroquias responden de idéntica forma. La proporción de muertes infantiles con respecto al total de difuntos desciende; la media se sitúa en un 20% siendo San Nicolás con 28,39% y San Juan 24,39% las parroquias que representan las máximas y de nuevo San Lorenzo y San Julián las mínimas con porcentajes que fluctúan entre el 12 y el 13%. La concordancia existente, la más cuidada apariencia externa de los libros e incluso el patente deseo de uniformar más las partidas pueden inducir a admitir un descenso real de las muertes infantiles, sin embargo nos inclinamos a pensar que se agudizó el bajo registro.

Sólo tres parroquias poseen series continuas entre 1601-15. La conclusión que de sus cifras se deduce es clara: Descenso semejante al de la natalidad y nupcialidad. Otros ejemplos, que aumentan la escasa población representada en el cuadro 7, reafirman lo dicho. Las pérdidas de 1606-10 respecto al quinquenio anterior son en San Martín, faltando los datos de 1603, del 7,28% anual; en San Juan, teniendo en cuenta exclusivamente las muertes adultas, son del 10,44%. La proporción es, pues, casi idéntica. El porcentaje que el cuadro propone para 1611-15, por el contrario, parece exagerado únicamente San Andrés señala uno equivalente, las demás lo reducen; San Martín 3,31%, La Antigua 0,57%. San Juan, de nuevo sólo adultos, 1,52%.

Cuadro 7^o. Mortalidad quinquenal 1601-15

Años	Total defunciones	Aumento quinquenal	Promedio aumento anual	Porcentaje aumento anual
1601-05	1.841			
1606-10	959	— 882	— 176,4	— 9,58
1611-15	530	— 429	— 85,8	— 8,94

Fuente: Parroquias de San Benito el Viejo, San Pedro y San Lorenzo.

III. LA CORTA DURACION: LAS CRISIS DEMOGRAFICAS

1. *Causas y cronología de las crisis*

Los movimientos cortos —crisis de subsistencia y epidemias—, que periódicamente azotaban a la población, condicionando la evolución de las distintas variables demográficas tanto a corto como a largo plazo, son, sin duda, los que mejor definen la estructura demográfica del Antiguo Régimen. La relación entre vicisitudes de la producción agrícola, alzas de los precios cerealísticos y hambres —cuando no epidemias—, por un lado, y puntas de sobremortalidad, que dan lugar a movimientos acusados de baja en las curvas de matrimonios y concepciones —triple distorsión que define gráficamente a las «crisis demográficas de tipo antiguo»—, por otro, ha sido muchas veces puesto de manifiesto (32). Nuestros datos confirman, y a

(32) Sobre todo los trabajos, ya clásicos, de J. MEUVERT: «La crises de subsistance et la démographie de la France d'ancien Régime (en *Etudes d'histoire économique*. París, 1971, págs. 271-281. Y de P. GOUBERT, op. cit., págs. 68 y ss.

la vez matizan, la relación señalada. En efecto, todas las crisis demográficas detectadas en Valladolid coinciden con alzas espectaculares en los precios del trigo. La cronología de las mismas, observable a través del gráfico 2, y su cotejo con los precios que Hamilton da para Castilla la Vieja (33), dejando aparte las consideraciones que podrían hacerse en torno al procedimiento seguido en la elaboración de los precios medios y números índices y la regionalización de los mismos, demuestra cómo en la base de las crisis demográficas vallisoletanas está la económica; constatándose, por otra parte, a través de las noticias cualitativas transmitidas por las deliberaciones del Concejo, la correspondencia en la mayoría de los casos con malas cosechas. Sin embargo, no hay que perder de vista que no toda mala cosecha origina mecánicamente una subida de los precios, ni ésta es suficiente para definir todo el complejo fenómeno de la crisis de subsistencias (34).

En el caso de Valladolid, ciudad fundamentalmente consumidora, aún cuando el aparato institucional del Antiguo Régimen concentra en ella excedentes agrarios, las carestías están íntimamente ligadas a los avatares del abastecimiento, siendo alterado el normal funcionamiento de éste por factores más complejos que los derivados de las condiciones agrarias. Estas influían, claro está, dependiendo su incidencia de la duración y extensión geográfica que alcanzaban. Cuando la adversa situación agrícola no se reducía a un año y afectaba a varias regiones o a todo el país, los precios se disparaban hasta hacerse prohibitivos a la mayoría de la población, y a poco que se prolongase la situación, se desataba el círculo infernal tantas veces descrito. Si por el contrario las malas cosechas se limitaban a un área reducida, el hambre podía ser evitado, aun teniendo en cuenta la regionalización de los recursos impuesta por el alto coste del transporte, mediante compras de trigo en regiones excedentarias relativamente cercanas. En este sentido la cercanía de la Tierra de Campos y la situación financiera municipal jugaban un gran papel.

Ahora bien, el precio de los productos alimenticios base, no obedece exclusivamente al ritmo marcado por las cosechas. La coyuntura se hace presente. Las alteraciones monetarias, tan frecuentes en la España del siglo XVII y, más que ellas mismas, los rumores anteriores, generarán en algún caso y agudizarán en otros graves crisis de subsistencia. Sin entrar en la problemática inflación del vellón-alza

(33) Utilizaremos sus estadísticas. *El tesoro americano y la revolución de los precios en España 1501-1650*. Barcelona, 1975 y *War and prices in Spain 1651-1800*. Cambridge, Massachusetts Harvard University Press, 1947. La no colocación de las tablas nominales a partir de 1651 dificulta la comparación.

(34) Muy interesante a este respecto la discusión dirigida por J. BOURDON «Psychosociologie de la famine» (en *Annales de Démographie Historique* (1968)), págs. 9-27.

de precios, sobre todo de los nominales, nos interesa resaltar, y los regidores dejan muchas veces constancia de ello, que la inestabilidad monetaria, al favorecer la especulación, por otra parte no sólo presente en esos momentos, repercutía en el aprovisionamiento de la ciudad. El retraimiento de los negocios provocaba en algún caso una casi total falta de suministros, que afectaba gravemente a la población. Así ocurre, como veremos, en 1626-27. El hecho se repite en 1650-52, en este caso superponiéndose a una insuficiente producción cerealística, señalando de nuevo los regidores la relación entre cambios de moneda, escasez de productos y encarecimiento: «El rumor que corre de la moneda hacía que hubiera falta de pan que no se hallaba y lo que había con exceso de precio» (35). No es tampoco una casualidad que la segunda crisis demográfica en importancia cuantitativa (1658-60) coincida con otro momento de inestabilidad monetaria.

La venida de compradores de otras regiones o ciudades y de agentes reales, normalmente apoyados estos últimos en amplias facultades para embargar, a las zonas usuales donde la ciudad compra, agudizaba la subida de los precios. El deseo de la ciudad por reservarse un área, sin límites precisos, para su mantenimiento, es palpable en las actas municipales, protestando ante lo que considera intromisiones, que en algún caso darán lugar a motines, como el de 1699; pero no nos interesa aquí esto, sino señalar cómo la penuria existente en otros espacios geográficos, incluso alejados, provocaba por el simple juego de la oferta y la demanda un gran encarecimiento. Si las «sacas» se producían en épocas ya de por sí críticas, las crisis de subsistencia de cara a Valladolid se agudizaban, así ocurre en 1614, 1620, 1647-50, 1658-59, 1668.

Las fluctuaciones de las muertes y de los precios no se confunden, su jerarquía es distinta. Las epidemias, concretamente las pestíferas, constituyen otro factor de las crisis demográficas, normalmente asociadas a las de subsistencia, pues, de hecho, es muy raro encontrar «epidemias puras», y favorecidas en el nacimiento y propagación por las condiciones higiénico-sanitarias. La presencia de la peste en Valladolid concuerda a grandes rasgos con las oleadas nacionales. La más virulenta es, como veremos, la de 1631-32. Por el contrario, las epidemias de 1647-50, localizadas principalmente en Levante y Andalucía, parece que no afectaron a nuestra ciudad. Se adoptaron enérgicas medidas preventivas, pero el Regimiento no admite en ningún caso la existencia de focos contagiosos, hecho que no permite concluir

(35) A(ctas) M(unicipales) nº 55 (1648-52) acuerdo del 15-XI-52, igualmente se insiste en este hecho en la sesión de 1-XI-50. A(rchivo) M(unicipal) de V(alladolid).

que no hubiera un brote epidemiológico, pues tampoco en 1683-84 las actas municipales reconocen la presencia de la peste. ¿Temen originar el pánico? Las curvas, no obstante, muestran que la gravedad no fue grande; la crisis de subsistencia puede explicar la superación de las muertes (36). De nuevo a partir de 1676 la ciudad, a instancias del Consejo de Castilla, comienza a guardarse; hasta 1683, sin embargo, no es alcanzada, brote pestífero del que da noticia la historiografía local (37). Una incertidumbre: Los años 1659-60. La gráfica 2 revela la importancia de la crisis. Una nota del Mayordomo de Propios, quien en las cuentas de 1659 introduce una partida por gastos de peste (38), hace sospechar que ésta azotó nuevamente a la ciudad. El laconismo de la fuente obstaculiza precisar ningún aspecto, pudo, incluso, deberse a gastos preventivos.

Por último, una comparación de nuestros gráficos con los de la vecina ciudad de Palencia y los de las villas de Medina del Campo y Villalón (39) permite aventurar alguna hipótesis sobre la extensión geográfica de las crisis demográficas.

2. *El grave período 1626-32.*

Las curvas denuncian por sí mismas la importancia y significación de este período de cara a la evolución demográfica vallisoletana. La gravedad del mismo, debida a la conjunción de los efectos negativos de una prolongada crisis de subsistencia con la mortalidad provocada por la peste, se descubre en un solo dato: Durante siete años consecutivos con dos puntas de gran intensidad 1627 y 1631-32, las muertes superan a los bautismos.

En el origen de la crisis no se constata documentalmente que existan malas cosechas; es más, en bastantes ocasiones las actas municipales insisten en que la producción había sido buena (40). El

(36) Constatable cualitativamente a través de las Actas Municipales: Plaga de langosta, reparto de pan por parroquias, etc. Ver sobre todo acuerdos de 3-VI-48 y 5-V-51. A. M. V.

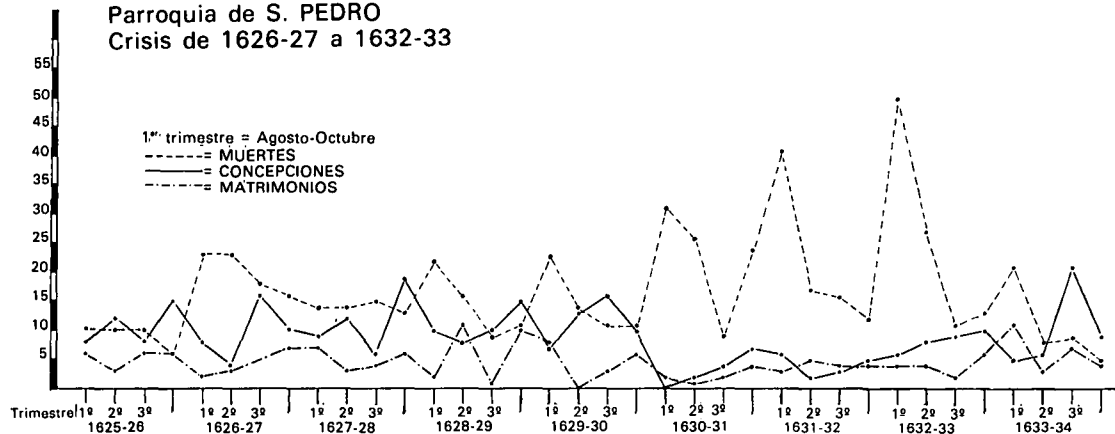
(37) M. SANGRADOR VITORES, *Historia de la muy noble y leal ciudad de Valladolid*. Valladolid, 1851, pág. 491 y J. ORTEGA Y RUBIO, op, cit, tomo II, pág. 114.

(38) Fondos municipales, leg. 311 s.f. A(rchivo) R(eal) Ch(ancillería).

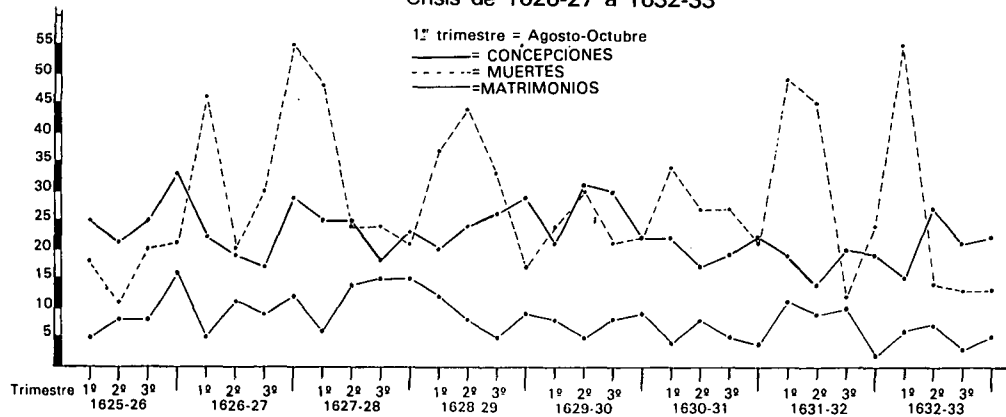
(39) G. MARTINEZ DE AZCOITIA, «La población palentina en los siglos XVI-XVII» (en *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses* (Palencia) 21 (1961)), págs. 1-116. A. MARCOS MARTIN, *Auge y declive de un núcleo mercantil y financiero de Castilla la Vieja. Evolución demográfica de Medina del Campo durante los siglos XVI y XVII*. Publicaciones de la Universidad de Valladolid, 1978. E. MAZA ZORRILLA, *Evolución demográfica de Villalón de Campos durante los siglos XVI y XVII*. Memoria de licenciatura mecanografiada. Valladolid, 1978.

(40) Así se lee: «antes por la misericordia de Dios, abundancia de frutos». A. M. nº 48 (1627-29), acuerdo del 22-V-27. A. M. V.

Parroquia de S. PEDRO
Crisis de 1626-27 a 1632-33



Parroquia de EL SALVADOR
Crisis de 1626-27 a 1632-33



movimiento de los precios de los granos, sin embargo, señala una carestía a partir de 1626, alza que Hamilton conecta con la aceleración de la circulación del vellón, motivada por el miedo a una repentina reducción del mismo (41). La preocupación por la subida de los precios es constante en las deliberaciones del Concejo en estos años, siendo a juicio de los regidores, los rumores sobre la baja del vellón los principales causantes de la misma, a la vez que desorganizaban el avituallamiento del mercado ciudadano, creando una gran escasez, debido a la «malicia» y abandono del «trato» (42). La punta de muertes que los registros parroquiales señalan en 1627 es demostrativa de la precaria situación alimenticia. La deflación del 7 de agosto no se tradujo en una baja de los precios, debido, como ya se ha afirmado, a las malas cosechas posteriores. Las sequías y la langosta (que según las actas municipales está presente en el campo vallisoletano a partir de agosto de 1626 y se mantiene, a pesar de los esfuerzos humanos y financieros para erradicarla, hasta 1633 (43)), comprometieron seriamente las cosechas. La esterilidad agrícola intensificó la situación. Un dato es ilustrativo de la gran crisis económica existente: Habitualmente las compras realizadas por el Regimiento para paliar el hambre se circunscribían a zonas cercanas, preferentemente la Tierra de Campos (44), evitando de esa forma el encarecimiento originado por el transporte. En este momento, sin embargo, tiene que buscarse la solución en Andalucía. El 4 de noviembre de 1630 llegan las primeras cargas de trigo, procedentes de Córdoba (45).

El hambre y la carestía prepararon el terreno para el desencadenamiento de la peste, que hizo su aparición en nuestra ciudad a mediados de 1631. La inexistencia de las actas municipales de los años 1631-32 es una grave dificultad para precisar numerosos aspectos sobre la naturaleza, cronología e itinerario seguido por la epidemia. Las breves notas que sobre ella poseemos la relacionan con la peste milanesa (46). Estando también difundido por Valladolid el rumor de que el mal se debía a los «polvos» esparcidos por los franceses, como se deduce de una de las medidas preventivas adoptadas: «Que no anden barcos por el río por lo que importa a la guarda de los polvos de la

(41) *El tesoro*, op. cit., pág. 232.

(42) «Por la causa dicha (el rumor de la baja de la moneda) se halla tan falto y desprobeydo el mercado que muchas cosas de las necesarias no se hallan... y que solo la prebencion y malicia de trato a causado tanto daño». A. M. nº 48 (1627-29), acuerdo del 22-V-27. A. M. V.

(43) *Ibidem*, acuerdo del 3-VIII-29.

(44) Igual hecho comprueba B. BENNASSAR en el siglo XVI, op. cit., págs. 53 y ss.

(45) A. M. nº 49 (1630), acuerdo del 4-X-30. A. M. V.

(46) Dos prebendados de la Santa Iglesia informan a los regidores que «se teme sea como la de Milán». *Ibidem*, acuerdo del 20-X-30.

peste» (47). Ignoramos cómo se efectuó la penetración del contagio que como se ha comprobado por estas fechas asoló el norte de Italia (48) y el mediodía francés, alcanzando también a diversas comarcas catalanas (49). Desde el 11 de septiembre la ciudad comienza a guardarse la «Llerena, Guadalupe, Cáceres y Trujillo y otros lugares de Extremadura y Andalucía» (50), lo cual sugiere un camino sur-norte, contrario al que lógicamente cabe pensar, teniendo en cuenta el origen de la epidemia.

La distribución mensual de las cifras de defunciones permite esbozar la cronología y el carácter del contagio. Es a partir de agosto-octubre (ver gráficos 3 y 4) de 1631 cuando se alcanza la primera gran punta de muertes, operándose el cambio de tendencia: descenso de difuntos y auge de matrimonios y concepciones a comienzos de 1633, retrasándose un poco en San Pedro. Los gráficos muestran asimismo una clara concentración de los óbitos entre agosto y enero, siendo el otoño la estación más mortífera, lo que apunta la posibilidad de una peste neumónica o pulmonar, más frecuentes en el tiempo frío.

La evolución de la crisis demográfica es sensiblemente paralela a la de subsistencias. A escala anual la primera gran punta mortal se produce en 1627 coincidiendo con la pésima situación generada por la moneda, se estabiliza después la curva de difuntos, para de nuevo dispararse con la aparición de la peste. Concepciones y matrimonios siguen el camino marcado por la mortalidad, descenso en 1627, estabilización y baja profunda en 1631. La similitud entre las parroquias no es total. El modelo de El Salvador difiere del de San Pedro. Los efectos de la crisis de subsistencia y de la epidemia no son idénticos, siendo mayores los primeros en El Salvador, ¿no es significativo que sea en una parroquia céntrica y con claro predominio de gente dedicada a actividades comerciales donde la mortalidad ataque más duramente en 1626-27?, y más acusados los segundos en San Pedro, parroquia periférica y que, aunque acoja dentro de sus límites a Chancillería, puede definirse como pobre.

En síntesis vamos a analizar los efectos a corto plazo de la crisis, con el fin de dar una imagen de lo que representó, de las cuantiosas pérdidas humanas que supuso. En conjunto el aspecto que más llama la atención es el alza de defunciones. A escala anual, tomando como base 1621-25 —quinquenio no enteramente «normal»—, las muertes se

(47) Ibidem, acuerdo del 23-X-30.

(48) Véase la mortalidad ocurrida en algunas ciudades italianas durante 1631-32, en M. C. M. CIPOLLA, *Historia económica de la Europa preindustrial*. Madrid, 1976, pág. 165.

(49) J. NADAL y E. GIRALT, op. cit., págs. 41 y ss.

(50) A. M. nº 48 (1627-29), acuerdo del 11-XI-29. A. M. V.

duplican, incremento que sería más abultado a nivel trimestral. Las diferencias parroquiales son pequeñas: San Ildefonso 248,54%, San Lorenzo 238,50%, San Nicolás 224,38%, San Pedro 215,05%. La Antigua 206,33%, San Andrés 199,03%, El Salvador 154,58%, pero parecen estar en relación con el nivel de riqueza de los feligreses. La duplicación e incluso triplicación de las cifras es un fenómeno «normal» de las crisis. Para precisar la gravedad de ésta no hay que olvidar dos hechos: Primero, que el aumento señalado no se restringe, como es usual, al cuadro de un año-cosecha, y segundo, que viene precedido de un auge durante cinco años que en conjunto supone un 150% por encima de la media 1621-25; lógicamente los grupos humanos más débiles habían sucumbido con anterioridad a la epidemia, cebándose ésta en personas más resistentes y que presumiblemente sin el grave período anterior hubieran podido subsistir.

Concepciones y matrimonios reaccionan también claramente. Los segundos no señalan un descenso evidente hasta 1631, aun cuando los gráficos muestran caídas trimestrales coincidentes con las puntas de mortalidad. Al igual que en Breuil, cuando la «gran crisis» es precedida por numerosas crisis ligeras, el bajo nivel no se mantiene, pues, sin cesar el aumento de muertes, los matrimonios tienden a su nivel habitual (51), es más el quinquenio 1626-30 supone un aumento con relación al antecedente. Con la epidemia sin embargo caen profundamente, variando los porcentajes sensiblemente según las parroquias. Así mientras, por ejemplo, San Ildefonso propone un descenso del orden del 77%, con respecto a la media de 1625-29, y San Juan le aumenta ligeramente 77,77%, otras parroquias reducen el porcentaje: San Julián el 44,18%, El Salvador 44,44%. El conjunto gira alrededor del 60%. Las concepciones, al igual que los desposorios, no disminuyen agudamente a escala anual hasta 1631. Las diferencias parroquiales son también significativas. Junto a descensos pronunciados como los de San Juan 75,22 o San Andrés 67,18%, se dan otros que se mueven en torno al 50%, por ejemplo San Nicolás 51,36% o San Ildefonso 47,53%, siendo necesario resaltar que son las parroquias más populosas y céntricas las que muestran un descenso menos acusado: Así El Salvador, San Miguel, La Antigua o Santiago proponen un 30%. Sin conocer tasas de mortalidad por sexo y estado matrimonial, en tiempo de crisis, no podemos dar una respuesta a la baja de concepciones, únicamente reseñar las que otros estudios han aducido: Muertes de mujeres encinta o que podían haber sido fecundadas, abstinencia sexual, retraimiento matrimonial o las ame-

(51) P. GOUBERT, op. cit., pág. 71.

norreas son en resumen las causas más señaladas. En El Salvador vemos cómo la curva de nacimientos remonta con más fuerza que la de matrimonios, lo que aboga por la abstinencia. En San Pedro al contrario el «despertar» de la natalidad es posterior al de la nupcialidad, lo que hace aparecer a la primera como resultado de ésta.

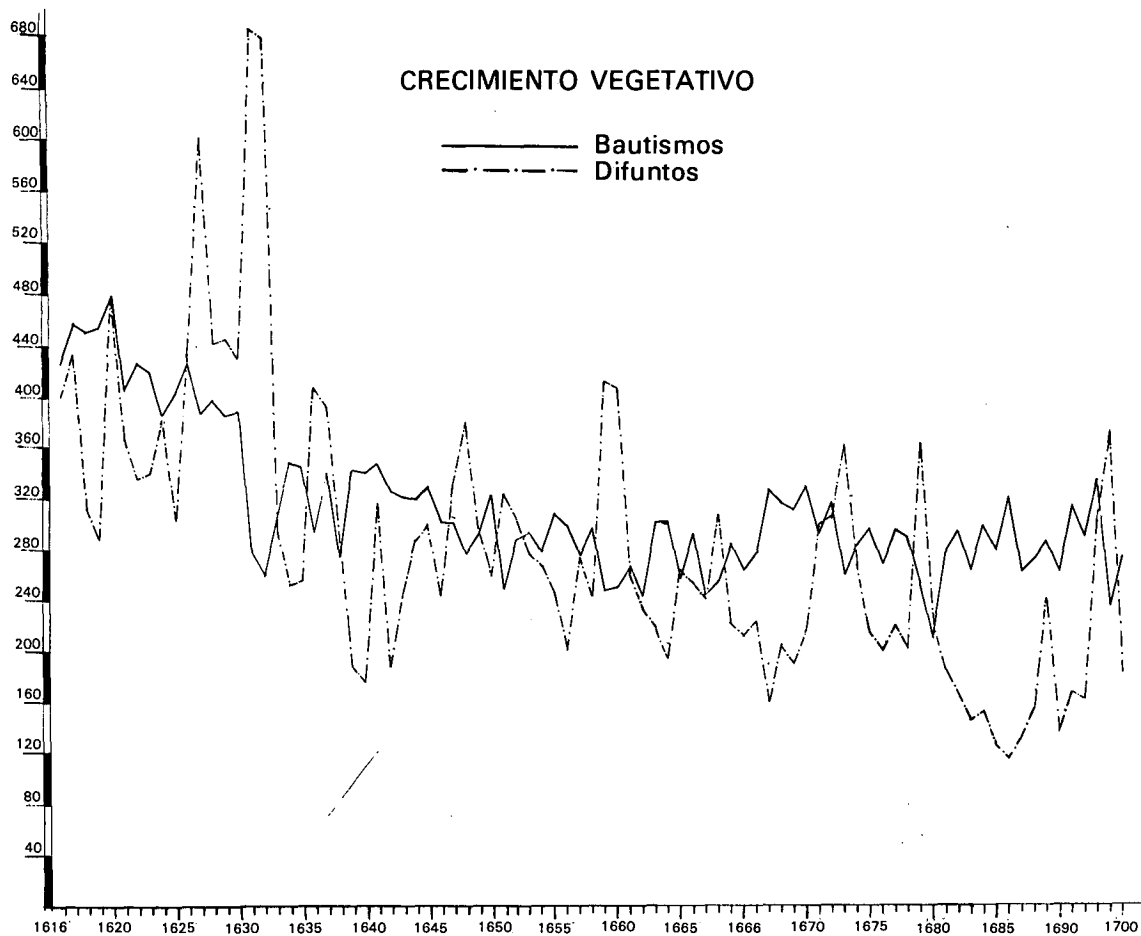
Más que los efectos catastróficos momentáneos, son las consecuencias a largo plazo, las «classes creuses», las que definen en toda su complejidad las crisis demográficas. La caída de las concepciones unido al desarrollo de la mortalidad infantil dan lugar a auténticas «quintas vacías» 20 ó 30 años después, condenando a la fecundidad a una larga depresión. Hecho difícil de cifrar, pero pensamos, a la luz de los registros parroquiales, que sus efectos están presentes en la demografía vallisoletana entre 1650-60. Como ya hemos señalado son éstos los años en que la proporción de hijos vivos por matrimonio es menor.

IV. BALANCE GENERAL: CRECIMIENTO VEGETATIVO

El valor de los tres factores es complementario, pues entre todos reflejan el ciclo biológico completo: Nacimiento, reproducción y muerte. La interrelación de los mismos y en la medida de lo posible el establecimiento del crecimiento vegetativo, objetivo máximo de todo trabajo con base en los registros parroquiales, contribuirá a clarificar la evolución de la población de Valladolid. Las dificultades, no obstante, son grandes. La carencia por el momento de tasas de natalidad y mortalidad fiables imposibilita exponer los resultados según los coeficientes normalmente admitidos, la encuesta tiene que limitarse a una comparación entre los datos globales de bautismos y muertes. Pero es más los defectos, ya apuntados, de los libros de difuntos matizan el significado de las cifras. El saldo nacimientos-defunciones indicado en los cuadros, sólo puede tomarse como orientativo de cómo pudo ser el movimiento natural, las cifras pues, deben tomarse en lo que valen. Con el fin de paliar los errores de origen, nos basaremos exclusivamente en las parroquias que más confianza nos merecen.

La escasa representatividad de los datos de difuntos entre 1601-15 dificulta el conocimiento de estos años. El cuadro 8, sin embargo, es expresivo.

Algunos ejemplos pueden completar la visión que del cuadro se desprende. Entre 1601-5 San Nicolás presenta un déficit de 156 personas, San Esteban de 57. En el siguiente quinquenio el panorama no varía: La Antigua señala una pérdida de 46 personas, San Martín de



Fuentes: S. Pedro, El Salvador, San Nicolás, San Julián, San Lorenzo, San Andrés y La Antigua; representan el 40-45 % de la población.

Cuadro 8. Saldo vegetativo 1601-15

Años	Nacimientos	Defunciones	Diferencia
1601-05	1.341	1.841	—500
1606-10	597	959	—362
1611-15	596	530	66

Fuente: Parroquias de San Benito el Viejo, San Pedro y San Lorenzo:

67, etc. La situación se diversifica entre 1611-15, mientras en algunas parroquias el saldo biológico sigue siendo negativo en otras se hace positivo. La Antigua pierde 49 personas y San Ildefonso 21, San Andrés gana 151, y San Martín 20. Los resultados son, pues, casi idénticos a los que el cuadro propone: Claro decrecimiento en el primer decenio y ligera mejora entre 1611-15.

La brillante eclosión de la natalidad y la nupcialidad durante la estancia de la corte se ve contrarrestada por una gran mortalidad. El encarecimiento de los productos alimenticios que las estadísticas de Hamilton y los «romances a la partida de la corte» ponen de relieve, unido al posible desajuste en la organización del abastecimiento, indican la existencia de una crisis de subsistencia, sobre la que se desarrolla, según opinión de Cabrera, un brote epidemiológico de «tabardillo» (52), del que también deja constancia el irónico viajero portugués autor de la *Fastigia* (53). La conjunción de estos factores, sin olvidar el posible peso de cierta tipología de inmigrantes: Pobres, vagabundos..., etc., en el auge de la mortandad, explican la clara superación de las defunciones en el período cortesano. La marcha de la corte no supuso una mejora de la situación. Se puede afirmar que desde la gran crisis de finales del XVI la población de Valladolid no tuvo un solo respiro hasta el leve, que las cifras señalan entre 1611-15.

A partir de 1616 los datos son más abundantes y por lo tanto más representativos. El cuadro 9 sintetiza los resultados.

El examen de las cifras permite inmediatamente una primera conclusión: el ritmo oscilante (alternancia de signos positivos y negativos), a pesar del agrupamiento de los resultados en cinco años que tiende a eliminar las excesivas caídas anuales, observable entre

(52) *Relaciones de cosas sucedidas en la corte de España* (cfr. N. ALONSO CORTES, op. cit., pág. 66).

(53) T. PINHEIRO DA VEIGA, op. cit., pág. 75.

Cuadro 9º Saldo vegetativo 1616-1700

Años	Bautismos	Defunciones	Diferencia
1616-20	2.495	2.138	354
1621-25	2.209	1.897	312
1626-30	2.153	2.568	-416
1631-35	1.631	2.436	-805
1636-40	1.681	1.615	66
1641-45	1.814	1.460	354
1646-50	1.662	1.693	- 31
1651-55	1.576	1.555	21
1656-60	1.521	1.670	-149
1656-60	1.517	1.691	-174
1661-65	1.499	1.268	231
1666-70	1.458	1.361	97
1671-75	1.762	1.013	749
1676-80	1.632	1.592	40
1681-85	1.476	1.392	84
1686-90	1.587	818	769
1691-95	1.595	844	751
1696-1700	1.614	1.273	341

Fuente: Para 1616-60 parroquias de San Pedro, San Nicolás, San Julián, San Andrés, San Lorenzo, El Salvador, La Antigua y San Ildefonso.
Para 1656-1700 las mismas parroquias excepto San Ildefonso que es sustituida por San Juan.

1616-60, desaparece a partir de 1661-65 ganando la partida los signos positivos. El progresivo desarrollo biológico, según las cifras, de los 40 años finales se contrapone al más precario e incluso negativo de los 45 anteriores, marcando dos etapas bien diferenciadas.

Las cifras, aunque defectuosas en su base, revelan el frágil equilibrio natural, que define a la estructura demográfica del Antiguo Régimen, en que se mueve la población vallisoletana entre 1616-60. Teniendo en cuenta que las grandes crisis podían anular en escasos meses el saldo favorable acumulado en numerosos años anteriores, se puede afirmar que el crecimiento vegetativo entre las fechas señaladas fue negativo. Un dato ilustrativo: la media de crecimiento anual fue de -6,5 personas. Las diferencias parroquiales son substanciales, frente a San Pedro que pierde 18,43 personas, con sólo un saldo positivo entre 1616-20 y 1641-45, El Salvador y San Andrés ganan 7,15 y 10,12 respectivamente. La Antigua no distorsiona los datos: media de

crecimiento anual —1. El movimiento natural, por otra parte, fue más desfavorable en las primeras etapas que al término del período, siendo sobre todos los años 1626-35, pudiéndose alargar hasta 1640, cuando se produce el momento más crítico de la evolución demográfica de nuestra ciudad.

El grave período 1626-32, que tuvo una prolongación en la inundación de 1636 y la crisis de 1637-38, diezmo a la población. La expresión que define a la ciudad moderna como «tumba de hombres» adquiere en este momento toda su significación, las grandes pérdidas, que el simple juego biológico señala, no sólo no fueron restañadas por una fuerte inmigración, sino que fueron acompañadas de movimientos emigratorios, difíciles de cuantificar, pero de los que la documentación ha dejado constancia. En carta al Consejo de Castilla con fecha 26-X-1626 el Regimiento escribe: «que los vecinos y particulares *que comen de sus rentas* no pueden vivir en ella y se ausentan de que viene gran daño y disminución desta ciudad» (54). Son, pues, los poseedores de rentas fijas, las personas cuyas economías están congeladas, sin evolucionar al compás de la inflación los que protagonizan la huida. La inundación de 1636, según un memorial enviado al rey, también incide en la marcha de gente, «pues los vecinos huyen della por aberles faltado casas a unos y a otros en que ganar de comer» (55). La consecuencia fue la gran pérdida de población que los bautismos y desposorios insinuaban y que el crecimiento vegetativo y la emigración existente demuestran.

El gráfico 2 indica la más clara separación de las curvas entre 1661-1700 sólo los años calamitosos suponen una superación de las muertes, sin que tengan plasmación a escala quinquenal. La media de crecimiento anual es claramente positiva. Todo nos habla de una etapa más bonancible, desde las condiciones económicas del país, pasando por la menor presión militar, hasta las propiamente demográficas de la ciudad: recuperación de los nacimientos, aumento del número de hijos por familia, etc. No obstante no hay que perder de vista que el menor registro de muertes infantiles, si no corresponde a una realidad, falsea en mayor medida las cifras. Con todo es el decenio 1676-85, coincidente con una etapa crítica general (56), el que muestra una menor vitalidad, situándose en el extremo opuesto el decenio 1686-95 y el quinquenio 1671-75.

(54) A. M. nº 47 (1625-26), acuerdo del 26-X-26. A. M. V.

(55) Consejo y Juntas de Hacienda, legajo 760, memorial de 6-IV-1636 A (archivo) G(eneral) S(imancas).

(56) A. DOMINGUEZ ORTIZ, *Crisis y decadencia de la España de los Austrias*. Madrid, 1969, págs. 195-217.

En resumen, las cifras, aunque insistimos imperfectas por la infravaloración de las muertes, permiten algunas conclusiones: Los primeros 60 años del siglo muestran un saldo negativo, los períodos de escaso crecimiento son anulados por la acción de las grandes crisis, pudiéndose distinguir tres etapas: 1601-25 caracterizada por el fuerte déficit del primer decenio, como una continuación de la grave crisis de fines del XVI, y las débiles ganancias, que representaban un corto respiro, de los años siguientes. 1626-40 es la etapa clave para explicar el descenso de población experimentado por la ciudad. 1641-60 ilustra el frágil equilibrio demográfico del Antiguo Régimen. Por el contrario en el tramo final del siglo, exceptuando el decenio 1676-85, aun admitiendo el menor registro de muertes infantiles, el desarrollo biológico se nos presenta como vigoroso.

V. ¿CUAL FUE LA PROBABLE EVOLUCION DE LA POBLACION?

La escasa respuesta dada por los recuentos de carácter global, la poca o nula eficacia, como veremos, que demuestran para resolver el problema planteado, nos lleva de nuevo a hacer hincapié en los registros parroquiales. Muchos historiadores se han preguntado si el número de bautismos o desposorios pueden dar una cifra total de población (57). Es indudable que reconstruir los datos de población absoluta, partiendo únicamente de fuentes concernientes a la natalidad, a las que se aplica un coeficiente uniforme, comporta serios riesgos de error; no obstante compartimos la conclusión de R. Mols: «puede que los registros parroquiales sean termómetros que indican el efectivo total y la evolución de una cifra de población absoluta, pero ellos están lejos de ser termómetros precisos» (58). Por otra parte en la época preestadística buscar con precisión el número de hombres es una tarea improductiva, sólo pretendemos dejar claro la verdadera tendencia seguida por el vecindario vallisoletano. No pensamos que exista un mecanicismo entre tal número de bautismos, tal población, los cambios estructurales pueden explicar que con idéntico número de habitantes se produzcan cambios en el volumen de nacimientos, las tasas no son estables, de ahí los riesgos fundamentales del método del «coeficiente de reducción», pero también creemos que no todas las modificaciones

(57) Un planteamiento de los diversos métodos, posibilidades de aplicación e inconvenientes en R. MOLS, *Introducción a la démographie historique des villes d'Europe. Siècle XVI au XVIII siècle*. Louvain, 1954-56. Especialmente en Tomo I, págs. 281-290 y Tomo II, págs. 283-86. Ver también L. HENRY, *Manuel de Démographie Historique*. Gêneve (1970), pp. 55 y ss.

(58) *Ibidem*, pág. 290.

observadas se pueden explicar por las variaciones de las diversas tasas. Por ello tendremos en cuenta, aunque con muchas precauciones, el método señalado.

A finales del siglo XVI la población de Valladolid rondaba en torno a las 40.000 personas inclinándose Bennassar más por admitir 36.000 (59). Los registros han demostrado que los nacimientos y los matrimonios duplican sus cifras entre 1601-6. ¿Presupone esto que hubo una duplicación de la población en cifras absolutas? Únicamente contamos con una estimación, Pinheiro da Veiga, refiriéndose concretamente a 1605, piensa que la ciudad posee 15.000 vecinos (60), lo que supondría una población entre 67.500 y 75.000 habitantes, según utilicemos el coeficiente 4,5 ó 5. Los bautismos corroboran la cifra del portugués: Relacionando los bautismos de 1605 con la población dada, éstos proponen una tasa de natalidad del 36,34 por mil, tasa, aunque no tenga más que un valor indicativo, totalmente aceptable para la época. Por otra parte aplicando a la media de bautismos de 1601-6 un coeficiente de reducción que represente unas tasas de natalidad del orden del 36 al 40 por mil (61), obtenemos que la población se movería entre las 59.258 y las 65.823 personas. Así pues, no nos parece aventurado afirmar que con la corte el número de habitantes de nuestra ciudad fluctuó en torno a los 60.000 (62).

Las distintas variables demográficas han señalado un descenso entre 1607-1635. La natalidad y la nupcialidad de una forma casi paralela, a la vez que el crecimiento vegetativo era negativo, acentuado entre 1626-35. Todo indica una pérdida de población. Pero es más los movimientos migratorios forzosos, como es el caso de la expulsión de los moriscos (63), o generados por la adversa situación económica, como hemos visto, reinciden en lo afirmado. Los censos y estimaciones que poseemos hacia 1635-40 reflejan igualmente, aunque contradiciéndose y sin resistir a la crítica, la ruina del vecindario de Valladolid. En síntesis éstas son las cifras que los diferentes recuentos globales propenden: Con motivo del repartimiento realizado en 1637 para pagar la obra del puente de Villanueva de Duero, Valladolid contribuye con

(59) Op. cit., pág. 169.

(60) Op. cit., pág. 289.

(61) Seguimos las orientaciones de R. MOLS. La media de las 16 parroquias es de 2.370,3 que multiplicada por 25 y 27,77 que representan una tasa del 40 y 36 por mil respectivamente, dan las cifras propuestas.

(62) R. DOMINGUEZ ORTIZ opina que pudo pasar de 50.000. *La sociedad*, pág. 137.

(63) B. BENNASSAR admite que en 1598 había 1.711 personas. op. cit., págs. 187-88. H. LAPEYRE, *Geographie de l'Espagne Morisque*, señala que en 1609 eran 244 vecinos residentes, más 34 inscritos que no se aposentaban en la ciudad, y 317 mudéjares. G. MARCILLA SAPELA, sin citar procedencia, afirma que fueron expulsadas 366 familias, sin las que pleiteaban por cristianos viejos o habían huido. *Notas sobre la Historia de Valladolid* (manuscrito). Departamento de Historia Moderna. Universidad de Valladolid.

3.000 vecinos (64). En un memorial, refiriendo la cifra a 1644, se acompañaban testimonios de tener sólo 2.000 vecinos (65). Méndez Silva en su «población general de España» admite una población de 4.000 vecinos (66). Con la finalidad de calcular el dinero que se debe volver al estado eclesiástico de las «sisas» municipales entre 1644-45, el ayuntamiento juzga que, descontados los religiosos, personal de entidades hospitalarias, estudiantes y presos, la ciudad tiene 3.500 vecinos (67). Por último el censo de 1646 propone 3.000 vecinos (68).

La disparidad de las cifras y la imposibilidad de elegir entre una u otra nos remiten de nuevo a los registros parroquiales. Admitiendo una natalidad del orden del 36 por mil, el número de bautismos, éste propone la siguiente población: Para el decenio 1627-36, 20.136 habitantes, para 1637-46, 18.836. No hay que perder de vista que faltan los bautismos de San Martín, de ahí que las cifras deban ser ligeramente aumentadas. En resumen la hipótesis más aceptable es que entre 1630-40 el número de habitantes que reflejan los registros, es decir excluidos religiosos y población flotante en gran medida, oscilaba en torno a los 20.000. El crecimiento en números absolutos de la población clerical explica, no obstante, que el descenso demográfico no fue tan llamativo como dejan sospechar las cifras anteriormente apuntadas.

Hemos visto cómo la crisis 1631-32 marcaba una nueva etapa en la demografía vallisoletana. El precario equilibrio en que se mantiene la población entre 1646-60, pudiéndose acentuar los rasgos negativos debido a la infravaloración de las muertes, hacen sospechar todavía un descenso del nivel de habitantes. Los bautismos también siguen descendiendo hasta 1669. Ahora bien este hecho puede estar en relación con factores estructurales. La nupcialidad es más reacia a la disminución el resultado es un menor número de hijos vivos por matrimonio. No es descabellado pensar que la amputación sufrida por una serie de generaciones, a raíz de la crisis 1631-32, tenga su plasmación en un descenso de la fecundidad, que explicaría la baja de los nacimientos, sin que ello supusiera una reducción real de la población. Es evidente que nos movemos en un plano teórico y a nivel de hipótesis, pero demostrarlo con datos es prácticamente imposible, medir la influencia

(64) Fondos Municipales, leg. 255, s. f. A. R. Ch.

(65) Consejos 7158 Archivo Histórico Nacional (cfr. A. DOMINGUEZ ORTIZ, *La población*, op. cit. Tomo I, pág. 137).

(66) *Población General de España*. Madrid, 1644 (cfr. B. BENASSAR, op. cit., pág. 199).

(67) Existen varios tanteos. En el primero se contabilizan como 4.000, el objetivo era exagerar lo consumido por los no religiosos, con el fin de devolver a éstos el menor dinero posible. Fondos Municipales, leg. 273, s. f. A. R. Ch.

(68) Diversos de Castilla, libro 23. A. G. S.

de las «quintas vacías» sólo podría hacerse a través de una «reconstrucción familiar». En conclusión es posible que decayera todavía más el número de habitantes, pero el cambio no sería substancial. Supongamos que la ciudad fluctuaba alrededor de las 18.000 personas o quizás algo menos.

A partir de 1670 todos los factores resaltan la benignidad relativa de la época. Los nacimientos, a pesar de las depresiones críticas, mantienen el nivel impuesto, con ligeras variantes, en 1670-75. El movimiento natural es, sin duda, cuando muestra mejores perspectivas. Los libros de desposorios, al generalizarse la norma de indicar el origen de los contrayentes, informan de un fuerte movimiento inmigratorio. La nupcialidad por el contrario se hunde. La mayor parte de los factores tienden a señalar que pudo existir un débil crecimiento real. ¿Qué dicen los censos? En 1683 una relación enviada al Consejo de Hacienda otorgaba a Valladolid la cifra de 4.000 vecinos (69). El censo de 1694 señala 3.637 vecinos (70), es decir alrededor de las 18.000 personas. Cifra que igualmente proponen los registros de bautismos. Según éstos multiplicando la media de 1671-80 por 27,77 la población sería de 18.903, sobre la media de 1691-1700 serían 17.944 los habitantes. Concordancia de las fuentes que dan una mayor firmeza a los resultados.

En resumen, durante el primer tercio del siglo, el vecindario vallisoletano sufre una profunda disminución, siendo la clave para comprender la evolución. El nivel de habitantes establecido no cambia ya substancialmente, el pequeño descenso de la década del 40 al 60 y el relativo aumento a partir de 1670 son más problemáticos de comprobar. Generalizando diremos que a partir de 1631-32 la población de nuestra ciudad fluctúa en torno a los 18.000-20.000 habitantes, permaneciendo en ese nivel durante bastantes años del siglo XVIII. Las claras conexiones existentes entre la evolución demográfica y la coyuntura económica nacional recalcan el valor paradigmático que puede tener nuestra ciudad de cara al conocimiento de la tendencia seguida por los centros urbanos castellanos. A pesar de que en algún caso la inconsistencia documental da lugar a razonables dudas, pensamos que la línea propuesta por los registros parroquiales tiene una gran validez.

(69) Consejo y Juntas de Hacienda, legs. 1.066 y 1.457. A. G. S.

(70) Secretaría de Guerra Antigua, parte de tierra, leg. 2.933-34, A. G. S. La cifra coincide con los 3.674 hombres útiles para las armas de 1662. (cfr. A. DOMÍNGUEZ ORTIZ, *La población*, op. cit., pág. 137.